



*A mi amigo el notable dibujante  
y distinguido es oritor*

**D. Antonio Fernandez Navarro**

¿Quién no habrá conocido á Rosalía?  
Yo recuerdo sus ojos seductores  
donde anidaba el Sol del Mediodía,  
que en miradas ardientes se vertía  
convertido en cambiantes de colores.

Yo ví en su roja boca palpitante  
agitarse sonrisas vaporosas,  
y sé que, dulce y cariñosa amante,  
se posaba la luz en su semblante  
igual que en una flor las mariposas.

No crearon las vírgenes propicias  
una hermosura igual á su hermosura,  
ni hubo un alma más llena de ternura,  
y de anhelos de amor y de caricias.

Su presencia era luz y era consuelo;  
y de tal modo sus facciones bellas  
orgullo eran y gloria de este suelo,  
que sé que, por mirarla, á las estrellas  
se asomaban los ángeles del cielo.

Como ya quince abrilés ha cumplido  
y su sangre abrasada  
era en sus venas plomo derretido,  
á su alma apasionada  
llegó el amor con todos sus fulgores;  
y matando recelos y temores  
que guardaban solícitos la entrada,  
llenó la fortaleza conquistada  
de anhelos, de sonrisas y de flores.

Y á Juan, un buen muchacho, que tenía  
los ojos negros, de serena calma,  
lentos de esa especial melancolía  
de los que siempre miran hacia el alma,  
con todo el fuego que su pecho encierra  
le amó la jóven ¡como nadie ha amado!  
¡cual si todo el cariño de la tierra  
se hubiera en sus entrañas condensado!

Y era tal su pasión y su tormento  
y tan henchida de su amor vivía,  
que pecaba por él, de pensamiento,  
lo menos treinta veces cada día.  
Mas yo sé que los crímenes aquellos  
en nada pueden empañar su historia,  
pues conozco á muchísimas con ellos  
que deben ir derechas á la gloria.

Y Juan... ¿qué hacía en tanto?  
¿por qué impasible sin cesar pasaba  
y no enjugó de aquella niña el llanto,  
y por qué siempre y siempre la miraba  
con ojos llenos del candor de un santo?

¡Dios mio, qué tristeza!  
¡qué tristeza embargaba á Rosalía  
y cómo batallaba en su cabeza  
con brutales latidos de fiera  
aquel inmenso amor de que moría!

Y por qué al adorar no era adorada?  
¡Si ella era toda amor, toda dulzura  
y guardaba tesoros de ternura  
en el fondo del pecho aprisionada!...

¡Si á Juan, que era el encanto de su vida,  
su amor iba á buscar en raudos giros!...

¡Si le mandaba el alma convertida  
en la olorosa brisa de un suspiro!...

Y así al pensar, con odio á sus deberes  
y con horror del mundo y de su nombre,  
sentía, como todas las mujeres,  
el inmenso dolor de no ser hombre.

—Y qué haré yo para que Juan me quiera?  
¿para volver al corazón la calma?—  
sollozaba la niña lastimera.—

¿Cómo le he de decir que mi alma entera  
está tan llena de él, que él es mi alma?  
Y dispuesta á quemar con sus ardores  
á Juan que, indiferente,  
no vió que ella de amores  
se moría por él inmensamente,  
en miradas tan dulces la envolvía  
y tal fuego en sus ojos se veía,  
que hubiera hecho pavesas á un demonio...  
¡Ay! ¡no hubiese podido San Antonio  
vencer la tentación de Rosalía!

¡Y Juan tampoco pudo!  
Al fin, de su esquivez roto el escudo,

miró á aquella muchacha encantadora  
en cuyo rostro se albergó la aurora,  
y sintió que el amor apresurado  
penetraba en su pecho conquistado  
con su tropa de sueños triunfadora.

Y desde aquel instante,  
con ansia de cariño delirante,  
á aquella niña de los labios rojos  
buscaban sus miradas intranquilas,  
para admirar los cielos de sus ojos,  
donde brillaba el Sol de sus pupilas.

En una noche clara y misteriosa,  
así habló Juan á Rosalía hermosa:  
—Como cautivo del amor te llamo  
para entregarte mi alma cariñosa  
y decirte temblando que te amo.

Y Rosalía, loca de contento,  
escuchaba á aquel hombre tan querido  
en cuyo blando acento  
ella hallaba tristezas de lamento,  
murmullos de hojas y pjar de nido.  
Y el corazón henchido de embeleso,  
al contestar ¡te quiero! Rosalía,  
dejó sellar sus labios con un beso  
embriagado de amor y de alegría.

¡Al cabo en su pasión se vió pagada!  
y trémula ante el hombre á quien adora,  
quedó en brazos de Juan aprisionada,  
yo no sé si vencida ó vencedora.

Y... ¡misterio fatal de la conciencia  
que no ha podido descubrir la ciencia!  
Pasó la noche aquella de ventura  
llevándose sus horas de dulzura,  
y Rosalía al cabo vió, afligida,  
que de Juan el amor no fué su calma...  
¡y comprendió, de pena confundida,  
que el que ella creyó triunfo de su vida,  
fué la primer derrota de su alma!

*Carlos Felices Andújar.*

